

—a lo cual la confinaban los manuales escolares—. Se nota de manera particular, que la pudibundería de las evocaciones oficiales es desvirtuada por el relato: Pola no es solamente aquí la casta novia de Zabaraín, más bien su amante, mujer de carne y hueso. Y ella es además muy republicana, de un republicanismo teñido de masonería, puesto que ella afirma su escaso gusto por las procesiones religiosas y rehúsa, al final, atender las exhortaciones de los sacerdotes. Podemos hablar a la vez de una fidelidad al cuadro general de la leyenda (“Pero he sido fiel hasta ahora a mi amor y a mi causa patriota. No podría faltar, me odiaría a mí misma”, p. 95) y de la creación de una ejemplaridad nueva, combativa, apta para responder a los desafíos de la Colombia contemporánea. Significativamente las últimas palabras de la heroína, momentáneamente llegada a la Bogotá de hoy, son para remarcar: *En la carrera tercera vi la estatua verdosa de Policarpa Salavarrieta instalada en la Plazuela de las Aguas, con la fecha de nacimiento equivocada, grabada en la placa de bronce* (p. 173). Este detalle recuerda que la historiografía está siempre sujeta a caución y que su conocimiento sobre todo establecido, para y por el poder, es también tan incierto como peligroso. La Pola propuesta por esta novela es una crítica a la estatua, a la historia oficial, y aboga por otra manera de vivir y hacer vivir la memoria colectiva.

Un libro que hace de nuevo las preguntas bien conocidas sobre las relaciones de la ficción y la historia, pero que lo hace con matices propios de Colombia: ella se interroga e interroga a sus lectores sobre el difícil entendimiento de los países con su leyenda oficial, justamente a propósito de la más querida de sus figuras heroicas, y sugiere que la intuición y la simpatía pueden instituir actitudes diferentes a la vez iconoclastas y respetuosas de una herencia afectiva.



Piedad Bonnett, *El hilo de los días*

(Instituto Colombiano de Cultura,
Premio Nacional de Poesía 1994).

Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1995, 85 págs.

Juan Carlos Galeano
Florida State University

De las voces independientes, afuera de las tendencias de la escritura de voluntad social, feminista y erótica

producida por mujeres, se destaca la poesía de dimensión personal y transhistórica de Bonnett. La expresión de extrañeza matizada por sentimientos de soledad, que advertimos al leer su poemario, es constitutiva de su exploración del enigma de su vivir de cada día, y sus palabras son las llaves para abrir la morada de tal experiencia. Su poesía no pretende inventar un mundo o salvarlo, sino entrar en él para decir de su desgarradura. A través de la intimidad y los espacios exteriores, con muchos retornos familiares y paisajes angustiados, en *El hilo de los días* ella teje con las palabras sus estados de carencia y anhelo, y cierto aguardar frente al misterio.

Pero su relación de las palabras con el universo ha ido hilándose poco a poco. Su primer libro, *De círculo y ceniza* (1989), con algunos tonos románticos y nocturnales, afirmó sus preocupaciones frente a la muerte y los acosos del tiempo. En *Nadie en casa* (1994), la palabra empezó a formar su textura con las cosas y a definir un tipo de lenguaje más coloquial, así como una insistencia en la cotidianidad. En este segundo texto se empleó en definir su tratamiento de la intimidad de manera directa. Sin duda, estos libros la prepararían, pues, para ordenar de modo más fino la apariencia del mundo.

El hilo de los días teje el ropaje de la cotidianidad. En este libro la experiencia ordinaria se impone frente a las preocupaciones existenciales del ser y cierto tono filosófico que coloreaban algunos versos de sus dos primeros libros. Aquí hilvana la relación de las personas con el mundo. En la primera parte, con cuyo subtítulo se nombra a todo el libro, el poema “La puerta” nos introduce a un mundo de espacios interiores que nos sugieren los lugares familiares. Más adelante, con un tono que nos recuerda al mejor Vallejo, tales referencias a intimidades domésticas llevan el lastre del tiempo personal que se nos agota: “Aquí golpeaba airadamente el padre la mesa / causando un temblor en los cristales, una zozobra en la sopa” (17). Pero no pensemos que ella se da a la nostalgia o a la confesión: ni pesar, ni excesos anecdóticos. Si el caos o la pena arrecian, muchas veces parece encontrar una forma de asidero en cierta aceptación, como aquella que alude frente a su jardín: “Quizá el orden benévolo de un dios / en cuyo sueño nunca existió el hombre” (19). El espacio íntimo de la casa, otrora paradisiaco, ahora desasosegado, nos deja entrever el asalto de una realidad mayor que la circunda: “¿Qué poderoso cataclismo, / qué oscura y sistemática tarea / nos dejó a la intemperie sufriendo viento y lluvia?” (39). A veces las palabras se abren para revelarnos la esperanza que habita en el enigma; la mancha en la pared es un ser de una solidaridad me-

tafísica: "Ay, esa pequeña mancha es un navío, / esa pequeña mancha es una mariposa que tiene un ala semidestrozada. / Me pertenece a mí. Me pertenece" (27). ¿Revelación de una carencia o de su angustia? Si es carencia el anhelo es el hilo que nos podría guiar a alguna esperanza. Y si es angustia ésta se muestra como estado de iluminación para el ser o, porque no decirlo, como una fuerza purificadora y estoica que bien nos ayuda a sobrevivir el azar con que pasa la vida en Latinoamérica. La casa puede ser también un espacio de tranquilidad existencial en que viaja su ser, como en un barco "que va haciendo su viaje silencioso / por las medrosas aguas de los días" (33). Porque el mundo construido por Bonnett le sugiere al lector el paso por un museo lleno de objetos y situaciones conocidas, los recuerdos y habitáculos de su experiencia personal pueden ser también nuestros. Si dijimos intimidad, para algunos de sus poemas, hemos querido decir también comunión con los demás.

En una segunda parte, titulada "Los cuchillos del alba", se nos antoja un mundo de afuera más desasosegado que aquél de los espacios interiores. Es como si la intimidad doméstica de "El hilo de los días" hubiera extendido su tejido al gran tapete del mundo. En el paisaje injuriado de un país (que no es necesario identificar) las madrugadas se despiertan "con el ronco bramido de las bestias / que son sacrificadas" (43), se adivina una realidad fragmentada; pero el misterio de la soledad y de las cosas está allí para alentar con alguna esperanza secreta: "En las noches sin luna / su callada presencia me ilumina" (45). En su poema "Las memorias de Sodoma", este mito del pasado se vuelve mensajero del presente: "Sobre la infame ciudad / pasó una bandada de aves que huían pavoridas / estremeciendo el cielo con su torvo silencio" (49). Y a veces no podemos evitar ver su relación de la muerte con alguna violencia a su alrededor: "Fueron veintidós, dice la crónica / Diecisiete varones, tres mujeres, / dos niños de miradas aleladas" (51). En algunas de sus imágenes urbanas, el misterio tiene un aire nefasto. El "árbol que extiende su ramaje / sobre la calle maltratada" nos sugiere una ciudad afrentada por la historia; allí la dignidad que tienen los oficiantes de la muerte, un gallinazo parado en su espera, tiene "algo de majestuoso" (53). Sin ser local, su poesía no puede evitar sentir el país donde vive.

En "La cicatriz en el espejo" con la que se cierra su poemario, sentimos nuestra herida a través de los otros. Nadie está solo. La cicatriz también puede asumirse mediante las máscaras poéticas que la autora usa; como aquella "embalsamadora", quien cansada de "los ritua-

les todos de la muerte" y tanta ausencia, nos dice hallar su redención en la soledad. Si en la primera parte del libro, titulada "El hilo de los días", se inclinaba a tejer la intimidad misteriosa y vital de las cosas, hacia el final las vidas acongojadas de los otros son la cicatriz en que nos miramos. Algunos existen para sus angustias cotidianas por el acoso de la muerte, como aquellas que padece la muchacha del poema que da nombre a esta sección. A veces, la cicatriz es la marca de un deseo que se viste de ausencia, el hueco en que nos cebamos a esperar ese "Algo que no ha llegado todavía" (67). "La cicatriz en el espejo" marca una proyección de Bonnett, de su vida y carencias.

Podríamos decir que muchos poemas suyos son objetivos por cuanto se ocupan de explorar lo que está afuera de ella; pero sabemos que sus palabras son los hilos del corazón que unen al mundo. No ha venido a juzgar sino a compartir lo que le ha tocado. Porque en sus poemas la realidad se convierte en mensajera de nosotros mismos. *El hilo de los días*, frente a las modas de la política y la batalla de los sexos, y los decimonónicos excesos verbales y adjetivaciones de alguna poesía colombiana que todavía nos agobia, muestra inocencia y sobriedad como virtudes. Su poesía es voluntad de revelar el más allá del mundo que nos rodea: lo que llamamos misterio. Sin dejar de ser histórico, el ser se salva de las fórmulas y prédicas; porque fuera del tiempo cronológico y las nomenclaturas geográficas, sus palabras sufren los enigmas que nos acosan. Libre de artificios, sin otra pretensión que la de compartir con nosotros aunque sea alguna señal lejana que le llega desde el poema, Bonnett escribe su poesía para despertar la realidad.



Javier Echeverri, *El camino del caimán*

Santa Fe de Bogotá, Colcultura, 1996, 198 págs.

Carlos E. Velásquez T.

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

Emprender el viaje a través de *El camino del caimán*, novela ganadora del Premio Nacional de Colcultura versión 1995, es adentrarse en la misma maraña de situaciones, vivencias y dramas que conforman la heterogénea vida de la Colombia marginada. Por sus páginas se nos muestra el complejo orden social del Chocó ac-